

NOTA DEL AUTOR

Escrito este primer capítulo de nuestra obra, el Dr. Don Julio C. Tello –acompañado de una delegación científica del Institute of Andean Research de los Estados Unidos, y de miembros de los institutos arqueológicos peruanos– realizó exploraciones en el valle de Casma que dieron como resultado el conocimiento de ruinas ciclópeas de piedra en Sechín Alto y Moxeke, con lo cual se ha venido a probar ampliamente nuestra teoría, sostenida en este libro y que en julio de 1936 explicamos con detenimiento al Dr. Wendell C. Bennett del American Museum of Natural History de Nueva York, y en 1937 al Dr. Kidder de la Universidad de Harvard.

Estas ruinas, que fueron halladas después de encontrarse la clave de ellas en un monolito existente en Casma, en la casa del señor Juan I. Reyna, fueron exploradas por el Dr. Tello y sus acompañantes y se levantó un plano provisional después de recoger los fragmentos cerámicos necesarios para el estudio de la cronología.

La innegable existencia de esta clase de monumentos antiguos habla con mayor elocuencia sobre nuestra intuición relacionada con la existencia de pobladores costeños que también dominaron el arte lítico y de que, además, la arquitectura monumental de piedra no es sólo patrimonio de los pobladores de los Andes. Según esto, las ruinas de Sechín Alto representan ahora el nexo que tanto se ha buscado dentro de los períodos evolutivos del maravilloso arte lítico plasmado en el templo de Chavín. En este primer capítulo considerábamos que los constructores de los monumentos de Nepeña habían levantado el templo de Chavín, tallando en la piedra los modelados ornamentales que usaron en barro, porque no se habían hecho todavía los descubrimientos de Sechín. Pero ya habíamos planteado el fondo de la cuestión, que hoy se aclara especialmente, por cuanto los nuevos hallazgos comprueban que los pobladores de Nepeña y Casma no sólo eran artistas del barro, sino también maravillosos escultores de piedra.

Las construcciones de Sechín, de material lítico y adobes cónicos que ostentan un arte en evolución; el templo de Punkuri, construido totalmente de adobes cónicos; las construcciones de Cerro Blanco, de adobes rectangulares superpuestos a los cónicos, y esculturas, especialmente la del felino de Punkuri, son todos monumentos que revelan un arte refinado en sus decoraciones grabadas en planos de alto y bajo relieve, y forman los eslabones del desarrollo de la cultura del litoral Nepeña. Pues, yendo a la caracterización de cada uno de estos eslabones, tenemos que las construcciones líticas de Sechín son primitivas, ciclópeas, muestran estelas de caras exteriores pulidas y decoradas con figuras en bajo relieve, de técnica muy primitiva en relación con la que se desborda del templo de Chavín. Es la primitiva etapa cultural costeña manifestada al investigador en un templo o santuario en plena evolución, porque sobre esta construcción surge otra en el centro, de adobes cónicos del mismo tipo, empleados en la edificación del templo de Punkuri. En éste se manifiesta la evolución artística arquitectónica en todo sentido, pasando del material lítico al adobe. De este adobe cónico se pasa a las construcciones de adobes rectangulares, cuyo prototipo lo tenemos en Cerro Blanco, la expresión máxima del refinamiento artístico del pueblo que se agrupa en torno al culto a la divinidad felínica.

En estos monumentos no sólo podemos observar la evaluación arquitectónica, tan manifiesta, sino también el desarrollo evolutivo del arte y las creencias religiosas.

No creemos que la cultura trasandina de Chavín se haya propagado hacia la costa. No tenemos todavía las pruebas necesarias e irrefutables que nos lleven a esa conclusión y

quedemos convencidos de que dicha cultura nació y se desarrolló en la sierra o en la selva, pues como exponente de esa civilización se nos presenta tan sólo el templo de Chavín, obra que, repetimos, fue de un pueblo altamente culturizado. ¿Dónde están entonces, en la sierra o en la selva, los períodos de evolución que permitieron llegar a tal grado de arte? No los tenemos, y sin contar con las pruebas de la evolución cultural de Chavín, en esas dos secciones territoriales no podemos hablar de civilización trasandina.

Los descubrimientos en Sechín y Moxeke le dicen mucho al arqueólogo. Los relieves que allí se han encontrado no poseen el refinamiento delicado de la estética que se desborda en Chavín; más bien son las manifestaciones características del arte nepeñano plasmado en piedra: el genuino arte lítico de Nepeña. De allí que para nosotros Sechín sea, en el presente, la prueba indestructible de la existencia primitiva, en el litoral, del pueblo que forjó la religión felínica y marchó a los Andes llevándose todo un contingente de conocimientos superiores.

Estos nuevos descubrimientos nos permiten aseverar ahora que Nepeña y Casma constituyeron el centro de la cultura que en este capítulo llamamos Nepeña, que fue originada en la costa, y que el templo de Chavín fue construido por los hombres de esta cultura. Su radio de acción alcanzó no sólo a Casma, como se ha probado ahora, sino que llegó hasta los Andes.

Para ampliar el contenido de este primer capítulo, creemos indispensable sentar este fundamento que rebate todas las teorías hasta hoy sustentadas sobre la civilización Chavín y su irradiación, tomando como pauta una modalidad de la cerámica costeña. No es la cerámica la que se propaga por todas partes, ni es un pueblo que domina los territorios el que la posee; es una fuerza, la fuerza de la fe que se dispersa, que irradia a Nepeña en forma de arte religioso y que influye espiritualmente en todos los pueblos de la costa.

Podemos considerar a Nepeña el pueblo forjador de los ideales religiosos que giraron alrededor del felino. Estas ideas religiosas que alcanzan un extraordinario poder influyen espiritualmente en los pueblos que abrazan la religión, y entonces plasman en sus vasos –parte integrante del culto a los muertos– las figuras de deidades y el cortejo de un profundo simbolismo cuya interpretación nos apasiona. De allí que nos encontremos con vasos de Paracas, Cupisnique y Mochica con motivos nepeñanos, sin ser éstos exponentes de la cultura Nepeña.

El templo de Chavín se construye en los primeros períodos de los mochicas, antes de dominar Nepeña. Este templo, como se ha dicho, es el exponente máximo de la cultura nepeñana; la culminación grandiosa del arte religioso. Y sin embargo, está en las breñas de los Andes. ¿Es que intuyeron acaso los pobladores de Nepeña y Casma el peligro de la invasión de los mochicas, poderosa agrupación social que surgía en el norte de sus dominios? ¿Fue acaso que ante este peligro los nepeñanos invadieron la sierra en su afán de llevar a un sitio lejano, sobre las cumbres más elevadas, la manifestación de su fervor religioso –que en este caso es el templo de Chavín, donde se perpetuaría su divinidad máxima en el esculpido pétreo– y perduraría, sin asechanzas, su fanatismo divino? ¿O se trataba de un santuario, o de la meca, como ya hemos dicho anteriormente? ¿En qué otra forma podemos explicar esta construcción aislada del templo de Chavín? Las preguntas surgen a borbotones de los labios, y en realidad, esas piedras milenarias son un misterio que todavía no podemos desentrañar. Pero el arte de la deidad felínica vuela de la costa a los Andes. Se plasma en las alturas después de tomar sus poderosas alas en los calcinados llanos del litoral.